



UNIVERSIDAD
Finis Terrae

UNIVERSIDAD FINIS TERRAE
FACULTAD DE ARTE
ESCUELA DE ARTES VISUALES

FLÂNEUR CONTEMPORÁNEO

Martín Andrés Díaz Piña

Ensayo crítico presentado a la Escuela de Artes Visuales de la Universidad Finis Terrae para optar al grado de Licenciado en Artes Visuales, Mención Pintura.

Profesor Guía Taller de Grado: Víctor Pavez Miranda
Profesor Guía Preparación de Tesis: José Tomás Fontecilla Palma

Santiago, Chile
2022

ÍNDICE

Portada.....	pág.1
Resumen y palabras claves.....	pág.3
<i>Flâneur</i> contemporáneo.....	pág.4
Bibliografía.....	pág.29

RESUMEN

Desde las propias experiencias que ocurrieron en mi vida respecto a lo que fue vivir en distintos lugares, se aborda de qué manera el ser humano se enfrenta y relaciona a nuevos estímulos, a situaciones específicas de apreciación que no están necesariamente inscritas en el cotidiano de uno mismo y presentan una implicación relevante en el proceso de observar lo que nos rodea.

Es, mediante la relación entre el *flâneur* y el concepto del caminar, que manejan distintos autores, como el ser humano emprende, inconscientemente en un principio, el acto de “caminar”, donde más allá de realizar el ejercicio como tal, se cuestiona aquello que ve y comienza a observar, con una autorresponsabilidad de lo que capta mediante sus sentidos, ejes principales de la manera en la que se aprecia una situación.

En gran medida, el paisaje urbano responde a las necesidades de manera más desarrollada que el rural, donde el ser humano encuentra las riquezas visuales que considera a la hora de experimentar un goce apreciativo.

Palabras claves: caminar, cotidiano, experiencia, *flâneur*, paisaje urbano.

Una actividad primitiva que logra desenvolver al ser humano en su contexto físico es el acto de caminar, acción que se da por un esfuerzo físico, en una primera instancia donde el ir y el volver se transforman en una costumbre rutinaria del quehacer en el cotidiano, donde es común tener un objetivo, un fin, un lugar o meta a la que llegar. En su contraposición, el sedentarismo refiere a permanecer constantemente en aquel lugar de inicio, donde el contacto con un espacio abierto es genuinamente nulo y es poco frecuente la relación con el otro. El acto de caminar que alude Henry David Thoreau (2021) en “Caminar”, no refiere a la acción de ejercitarse físicamente como tal, si no de realizar un esfuerzo que no solo conlleva la disposición corporal de la persona, también va de la mano en gran medida con la capacidad intelectual de realizar la acción y adentrarse en una aventura en un tiempo determinado para tener un conocimiento espacial de aquel lugar.

Es en algún momento del desarrollo del ser humano, donde este logra ser capaz, racionalmente, de ser consciente del lugar en el que habitaba y no necesariamente del espacio físico, como una casa o departamento, si no, dónde esta se sitúa, un espacio geográfico generalizado. Comienza a darse cuenta y prestar atención de cómo el mismo y las personas circulan de un lugar a otro, inscritos en un espacio determinado que prevalece gracias al desplazamiento de los sujetos y demuestra mediante las comunidades que conviven en estos espacios geográficos, una transformación a su comodidad junto a una adaptación según su necesidad.

Está en el desplazamiento el descubrimiento visual de un entorno que pasa desapercibido o que no se aprecia en el contexto del diario vivir. Cada persona tiene diferentes propósitos en su realidad y ninguno de asemeja al otro, pero habitar en un lugar establecido conlleva a relacionarse directa o indirectamente con los demás, ir al trabajo, a la escuela o al supermercado supone una proximidad con el otro, viéndose envueltos en distintas tareas y actividades que conllevan a estos grupos a un mismo destino, demostrando similitudes en su actuar que se reciben desde otros individuos como grupos o masas.

La idea del “flâneur” nace con Charles Baudelaire en “Las flores del mal” para referirse de manera actitudinal a aquel sujeto, que está dispuesto en un espacio, como observador anónimo que recorre y analiza la ciudad moderna del París de aquel entonces, siglo XIX, explorando atentamente las calles. El *flâneur* tiene una fijación por el movimiento y los ritmos de las personas sin implicarse, presentando una actitud contemplativa que no busca la interacción. Es esta disposición social que refleja una relación entre el paseante y lo visto donde, la libertad de este sujeto moderno a la hora de observar y presenciar su entorno en conjunto, en donde el *flâneur* despliega su potencial como figura. Es conveniente considerar esta postura en un contexto socio cultural, de distinta magnitud en comparación a la que se daba en el siglo XIX. Hoy en día, con el fin de recopilar y llevar a cabo un proceso de internalización sobre esta reproducción que se basa en el placer tanto estético como ideológico de los modelos representativos.

A lo largo del viejo *faubourg*, donde penden en las casuchas
Las persianas, abrigo de secretas lujurias,
Sobre la ciudad y los campos, sobre los techos y los trigales,
Yo acudo a ejercitarme solo en mi fantástica esgrima,
Husmeando en todos los rincones las sorpresas de la rima.
Tropezando sobre las palabras como sobre los adoquines.
Chocando a veces con versos hace tiempo soñados. (Baudelaire,
1977, p. 99).

Una clara representación del “flâneur” en la literatura del siglo XIX, refiriéndose a temas de índole social de la época con un enfoque en agentes sociales, un “sujeto lírico” que puede moverse sin límites en el espacio y no se debe conformar con una descripción, si no vivir la experiencia del otro y apropiarse de cierta manera de la atmósfera tanto visual como emocional, a fin de reunir los datos necesarios de lo que el ser humano expresa.

Desde que tengo memoria mi papá ha trabajado como chofer en la locomoción colectiva de Curicó, lugar en donde nació y me crió, y era muy común que saliera con él, ya sea en colectivo, micros urbanas o micros rurales conocidas como “minibuses”, distintos recorridos y rutas me hacían tener una mayor percepción de la ciudad junto a un conocimiento de esta misma respecto al tráfico y a las personas que la habitaban, quienes se dirigían hacia tal lugar, quienes se subían en determinados paraderos y en cuales se bajaban, los horarios de apertura y cierre de espacios de estudio o trabajo, etc., rutinas de las personas que fui relacionando directamente con la mía en los distintos medios de transporte, donde genuinamente no presentaba interés por estas personas o lo que hacían, solo fui reconociendo y recopilando, de manera poca madura, toda la información visual posible de ellos que tomaba siendo inconscientemente inmerso en la apreciación de órdenes sociales tanto naturales como artificiales, en espacios geográficos, fisiológicos, meteorológicos, etc., de aquel lugar en aquel entonces, donde múltiples estímulos me forjaron un razonamiento propio de estos mismos a una temprana edad que en un comienzo me hizo tomarlo desde una perspectiva inmadura pero creativa.

En un principio solo veía a los demás a través de una ventana, por medio del simple acto de abrir los ojos, luego comencé a mirarlos, teniendo una cercanía algo anestesiada que me hacía espectador de sus expresiones corporales según que hacían o hacia dónde se dirigían, presentando un interés por aquellas actitudes habituales de los grupos de personas, finalmente observé, presté atención y comencé a formular asociaciones de cada persona respecto a otra, y conmigo mismo, tomando en cuenta cada estímulo que reciben del mundo y cómo actúan frente a este, de misma manera, como el espacio va mutando según la experiencia del ser humano en él, la disposición de un ser viviente y que siente frente a un mundo inerte y palpable, la acción de observar requiere tener conocimiento de aquello que miro, y es este mundo, pero no lo tengo de quienes lo habitan, los reconozco, en parte los entiendo, pero en un punto son ajenos entre ellos y ajenos a mí. Es el conocimiento la estructura que fortalece la representación, mediante este

lo observado toma un papel protagónico que logra transmitir un ideal o actitudes vinculadas a la referencia.

Aquellas experiencias que conllevan el ejercicio de observar y comprender a los demás gracias al lenguaje no verbal que entregan, resultan como información visual del ser humano que, al ser analizadas desde una cercanía a la convivencia en un contexto, se transcriben en manifestaciones artísticas, logrando establecer muestras cotidianas, así se evidenciará que existe una realidad alterna a la propia y se probará al mismo tiempo su relevancia como cualquier tipo de evento que podría llegar a considerarse incluso histórico dentro de los márgenes de la disciplina de representación plástica.

La relación del hombre que camina con su ciudad, con sus calles, con sus barrios, ya le sean estos conocidos o los descubra al hilo de sus pasos, es primeramente una relación afectiva y una experiencia corporal. Un fondo sonoro y visual acompaña su deambular; su piel registra las fluctuaciones de la temperatura y reacciona al contacto de los objetos o del espacio... la experiencia del caminar urbano despierta el cuerpo en su totalidad, es una puesta en escena del sentido y de los sentidos. La ciudad no está fuera del hombre, si no en él, impregnando su mirada, su oído y todos los demás sentidos. El Hombre se la apropia y actúa según los significados que le da a la ciudad (Le Breton, 2022, pp. 174-175).

Al hablar sobre la estrecha fricción entre la persona y la ciudad, aquel espacio en el que habita, donde se reconocen los componentes de dicha relación tales sean de manera afectiva, que producen en el humano un estado de pertenencia emotiva, y de un modo en donde los sentidos del individuo se ven afectados por estímulos externos, se crea una experiencia multisensorial que expresa el ser humano en sus acciones, comunicación kinésica de la cual se pueden inferir costumbres, aspectos de la personalidad gracias a gestos físicos como son la actitud, la proximidad, la

expresión facial y la disposición corporal, movimientos biológicos del ser humano acondicionados por factores de orden psicológico.

Parte de identificar estas situaciones cotidianas sugieren estar ensimismado en este, auto comprender lo que significa para cada uno y empatizar de qué manera lo viven y perciben los demás, al final cada ser humano es un alguien más de una gran ciudad que está inmersa en costumbres sistematizadas que se ignoran al ser realizadas por grandes masas, pasar desapercibido entre una multitud resulta banal y tener un papel de espectador y a la vez protagonista puede llevar al ser humano a replantearse quién es aquí en el mundo para los demás, parte y no parte. Como señala Benjamin, retomando a la figura del *flâneur*:

La embriaguez anamnética con la que el flâneur marcha por la ciudad no solo se nutre de lo que a este se le presenta sensiblemente ante los ojos, sino que a menudo se apropia del mero saber, incluso de los datos muertos, como de algo experimentado y vivido. (Benjamin, 2005, p. 422).

Realizar una substracción voluntaria frente a aquella entidad cultural establecida, no solo significa no estar presente desde otro punto de vista, si no tomar una postura de contemplación pasiva que logra descifrar y comprender elementos de carácter más allá de los propios que entrega la acción de mirar.

Al ser consciente de las acciones del otro, se pueden formular preguntas respecto al propio movimiento y sentido en el que se mueve el entorno, tomando comportamientos de quienes rodean a la persona, realizando imitaciones que se generan desde una primera formación intelectual basándose en un modelo social culturalmente instaurado. Buscar sobre las posibles proyecciones que puede entregar una persona o un grupo proviene, por una parte, de la idea de demostrar aquello que desconocemos, que está junto a nosotros y en nosotros, por otro lado, despierta el interés intrínseco de notar lo que rodea e identificar situaciones cotidianas, viendo posibilidades de representación plástica en estas.

Pero bajo la influencia de la sugestión, las masas son también capaces de desinterés y del sacrificio por un ideal. El interés personal, que constituye casi el único móvil de acción del individuo aislado, no se muestra en las masas como elemento dominante, sino en muy contadas ocasiones. Puede incluso hablarse de una moralización del individuo por la masa. Mientras que el nivel intelectual de la multitud aparece siempre muy inferior al del individuo, su conducta moral puede tanto sobrepasar el nivel ético individual como descender muy por debajo de él. (Freud, 2018, p. 12).

El hecho de identificarse como individuo apartado de una masa, como describe Freud, genera en el humano una capacidad intelectual superior, donde mediante su separación individual respecto al resto logra generar una capacidad reflexiva mayor que aquellos en relación directa, sintiendo, pensando y actuando desde una perspectiva diversa en cuanto a una masa se difiere, la cual trabaja y piensa en una unidad en común, donde cada individuo es sometido a una jerarquía ya instaurada que hipnotiza y sugestiona al sujeto, privándolo de una libertad apreciativa de distinta índole.

Para apreciar lo cotidiano no me basta con salir a la calle y contemplar la multitud, ni en su totalidad ni específicamente en un otro, sino ser parte de este y entender cómo funciona el mecanismo interno de flujo de quien está a mi lado, siendo ajeno en circunstancias específicas, pero generando lazos de una manera que entregamos datos de visualidad generalizada que otorga información propia de la imagen, donde la tomo como principal eje mediático para llegar a la representación de situaciones que se llevan a cabo en mi propio entorno. Para salir y observar me resguardo en el viaje, a grandes rasgos, el simple acto de dirigirme de un lugar hacia otro, caminar, conlleva un proceso de autonomía existencial sobre un conocimiento inconsciente que adquiero y digiero nuevamente, sumando esto a la experiencia que vivo en el día a día.

Radica en el hecho de caminar el conocer y captar las sensaciones del mundo gracias a la libertad que en esta actividad se inscribe, la disposición de averiguar y generar una autorreflexión de aquello que se percibe, genera en el deambulante un marco de conocimiento tanto propio en relación directa de él con el entorno, entendiendo al deambulante como aquel sujeto que anda, camina, sin tener una dirección en específico.

Caminar se transforma en “otra” realidad en el momento en el que se es consciente de dar el primer paso sin tener un punto de llegada y abrazar la idea de relacionarse con lo que se ve, lo que captan los sentidos, contener la información y luego cuestionar sus cualidades, como afectan los distintos elementos del entorno en uno y qué conexiones se han dado siendo consciente en la propia experiencia, junto a reflexiones tanto de índole personales o colectivas de qué se experimenta corporal y sentimentalmente.

Ser consciente de esta experiencia también provoca un impulso de interés en lo que se percibe al caminar acompañado del observar, fuente sensorial primordial a la hora de salir a explorar el exterior, una apertura al mundo que lleva a la par tanto al goce estético, aquella apreciación subjetiva de las cosas, como capta el ser humano las apariencias de los objetos, y de qué manera los entiende en una primera instancia sin generar profundas ideas de lo que son o lo que representan, junto a esto, la ética respecto al juicio moral que genera sobre lo externo, así mismo al otro, aquel con quien comparte en un grado mínimo la experiencia.

Thoreau describe, bajo su propia experiencia, el caminar en su época, mediados del siglo XIX, donde se refiere en reiteradas ocasiones a lo que es adentrarse a aquellos espacios relativamente libres, al aire libre, caracterizados por bosques que predominan con fuerza visual, muchas veces también campos abiertos sin contaminación visual como serían construcciones, donde colinas y praderas son

recurrentes en el ejercicio del caminar para él y para quienes, en algún momento, lo acompañan, todo viaje dentro del Estados Unidos de aquel entonces.

Cuando salgo de casa a caminar sin saber adónde me llevarán mis pasos, y me someto a lo que mi instinto decida por mí, me encuentro, por más raro y caprichoso que pueda parecer, con que final e inevitablemente me enfilo al suroeste, hacia un bosque, una pradera, un pastizal deshabitado o una colina en esa dirección. (Thoreau, 2021, p.33).

El autor demuestra personalmente el interés en dirigirse a aquellos lugares de poco tránsito humano, que en gran medida pudieran ser despoblado, guiado por lo natural sin necesariamente ser consciente de la elección de un lugar en particular, una especie de magnetismo como él especifica, que apunta por no tener contacto con ciudades o grandes pueblos que contaminen el hecho de caminar y resulten molestos, Thoreau se refugia en lo salvaje, la zona natural y extendida es su preferencia predilecta para poder lograr absorber visualmente toda información del paisaje posible.

Las decisiones del caminar en gran medida son personales, sin necesariamente el tener una fuente que obligue a realizarla, donde tener un objetivo no es primordial, el ser humano es capaz de ir a un lugar a otro, tener un punto de llegada refiere a, de alguna manera, tener un conocimiento en de lo que sería el trayecto, ese espacio relativamente específico que recorre alguien, al ser ignorante de la ruta y más sin tener un punto al cual llegar el ser humano se condiciona en, de alguna manera, aventurarse en lo desconocido, tantear nuevos terrenos, buscar maneras de cómo y por dónde moverse para poder generar un recorrido que permita, por un lado, percibir eficazmente lo que por sus sentidos capta y entender de manera clara cómo funciona su alrededor por si solo y en relación misma con él, y de qué modo se adaptan el uno para el otro, que es lo que se ve, identificar lo desconocido y por medio de la interacción directa o indirecta, relacionarse con lo inédito. De igual manera, al encaminarse deliberadamente a una zona en la que se

desconoce o poco se frecuenta, amerita introducirse en nuevas experiencias de ámbito social, donde establecer relaciones con el otro prima en generar interacciones para que faciliten una mejor adecuación al espacio, que genera incertidumbre al no ser conocido, llevando al hecho de ir a un espacio nuevo algo más allá de lo meramente visual si no experimental en todas sus formas.

Al tomar la idea de Henry David Thoreau, hoy en día, dos siglos después, aproximadamente, han sucedido bastantes progresos en varios ámbitos, tanto culturales, sociales como políticos en la humanidad los cuales van de la mano con el desarrollo mismo de las civilizaciones presentando rotundos cambios en lo que puede ser la arquitectura como la tecnología, o la salud y la ciencia. Al ser consciente que el mundo y sus distintas culturas con el paso del tiempo sufren mutaciones en sus principales componentes de orden social, la perspectiva del hombre sobre la humanidad junto a lo que le rodea ha cambiado y con ello su manera de relacionarse con el exterior y de qué manera esto le afecta.

Es en mi propia realidad como me doy cuenta de que incluso, en el mismo país en el que vivo, Chile, se dan cambios a nivel regional sobre cómo habitan las distintas ciudades y cómo estas actúan en favor de avanzar con el desarrollo gradual de las tecnologías y el cubrir las necesidades del humano.

A lo largo de mi vida, hasta los 15 años, estuve constantemente cambiando de hogar junto a mi familia, dentro de la misma ciudad, Curicó, ubicada en la séptima región. Por distintas circunstancias de la vida nunca se lograba concretar habitar un lugar permanentemente, por lo que junto a mi padre, madre y dos hermanos, en lo que vendrían siendo mis primeros 19 años, estuvimos intermitentemente en 7 casas distintas, con intervalos de tiempos variados entre una y la otra. Al ser una gran cantidad de lugares, estas viviendas se extendían cubriendo una gran parte de la ciudad, creando desde una temprana edad conocimiento diverso sobre lo que me rodeaba, distintas infraestructuras, diferentes contextos sociales y un sin fin de

características de un mismo espacio urbano que se reflejaban en una distribución aleatoria del mismo concepto de vivienda.

El siguiente ejercicio lo realicé bajo un encargo sobre representar el paisaje, donde retome 3 de las 7 casas en las que viví, para referirme a aquellos espacios que habité en algún momento y nunca volví, tomando como referencia pantallazos de las imágenes que toma la aplicación Google Earth, considerando parte de sus componentes como la brújula, las flechas de dirección o la dirección de aquellos hogares en la parte central superior. Fue la primera representación pictórica, además, que involucraba, inconscientemente, el exterior desde una perspectiva personal.



Ilustración 1 Sin título, Martín Díaz, 2021

Es en las actividades de mi día a día donde me aventuré en lo que en un principio consideraba y era desconocido para mí, ir al colegio y volver, salir a comprar a un negocio y volver, juntarme con amigos y volver, salir con mis padres y volver. Cada primera situación requería desenvolverme en distintos escenarios, conociendo a cada uno de los componentes de un nuevo espacio como lo son los objetos tangibles, cuestiones intangibles como la/s atmosfera/s del lugar y circunstancialmente el ser humano, con quien establecer relaciones directas no genera en mí un interés personal, sino más bien de carácter observador y a través de sus disposición corporal o lenguaje verbal identificar lo que comunican, expresan, tomando un punto de apreciación propio y solitario que se resguarda en la independencia social, no necesariamente aislarme y no participar del cotidiano de los demás, incluso ser parte de las vivencias y experiencias del otro para así en cierto modo evidenciar aquella situación desde la perspectiva humana sintiente.

En posición a lo que vivió y describió el autor, hoy en día, y específicamente desde mi propia experiencia con el caminar, este me resulta significativo y relevante a la hora de conocer mi alrededor, junto a los sentidos de percepción, logro comprender, observar y distinguir aquello que refleja el ser humano en mi vida en un momento en específico, ya sea emocional o físicamente, y es mediante el desplazamiento la manera en la que entiendo y conozco al otro, y, en como en mi actúan las acciones para llegar a un juicio visual que comprenda todo aspecto posible.

Abordando el caminar como concepto proveniente del camino, aquella superficie por donde se transita, es en mi propio contexto y en el de muchos otros que he visto cómo ha mutado el camino según las circunstancias en las que uno se encuentra, y en un grado más notorio, la evolución y transformación respecto al medio por el cual nos desplazamos sobre este. Teniendo en cuenta el caminar como principal medio de desplazamiento, sobre todo en una primera instancia y reflexionando sobre la idea que Thoreau tomaba sobre el concepto, hoy en día, y por mera necesidad del ser humano, gracias al avance de la tecnología y al uso de

distintos recursos, el medio ha evolucionado con una mejora sustancial respecto al tiempo del viaje, la comodidad quien lo utilice, la facilidad para llegar a ciertos lugares, etc., cada uno de estos progresos con el fin de generar una experiencia en el sujeto ligada al goce de lo que significa el proceso al cual se somete a la hora de llegar a un lugar o simplemente recorrer.

Sin dejar de lado la noción que tiene el autor sobre su caminar, que se centra en abandonar el hecho de que es un tipo de ejercicio, la bicicleta como medio de traslado ha provocado que el viaje se convierta en un transcurso efectuado por la acción y la propia propulsión humana sobre esta misma, llevando así a quien la tome a recorrer de manera mas practica en cuanto al tiempo dedicado y también a la manera en que esta se dispone y trabaja en un lugar, siendo también un medio que está sujeto a adaptaciones en terrenos que otros no logran. En los primeros años de mi niñez, recuerdo claramente el momento en que mi padre junto a mi madre comienzan a enseñarme a cómo lograr equilibrarme en ella para luego llegar a avanzar, este interés nace de ver como mis dos hermanos mayores salían junto a sus amigos a distintos lugares y podían recorrer casi libremente mediante la bicicleta la ciudad, Curicó, siendo capaces de conocer nuevos lugares, ver otras personas y lograr captar los distintos estímulos de agentes externos a los que se acostumbra uno desde pequeño en el hogar, siendo bastante comunes, donde experimentar nuevas vivencias genera un principio de interés en lo desconocido.

Así mismo como me sucedió en algun momento con la bicileta, también lo fue con el primer auto de mi familia, si bien tengo un leve recuero de los que pudieron ser mis primeros viajes en un auto, el que recuerdo es mas exacto con aquel momento en que mis padres logran comprar un vehiculo, en especifico un modelo de Nissan, V16, en color negro con detalles en gris. Es en este primer viaje como logré ver el espacio que habité hasta cierta edad distintos contextos y no al que acostumbraba diariamente, observar a quienes no necesariamente están a mi lado en la mayor parte del tiempo, un pequeño viaje dentro de la ciudad en la que viví generó en mí el impulso de querer y de aventurarme en lo que vendrían siendo

salidas a cualquier lugar, uno que supiera u otro que fuera desconocido, con el fin de causar en mi nuevas experiencias en un ámbito sensorial atípico que tenía del común vivir.

Fue así como en cada experiencia respecto a un caminar/deambular alejado de la definición misma, afectó en mi manera de percibir mediante los sentidos, el espacio, ver más allá de una calle o de una casa, de una ciudad, ver un paisaje, que se forma bajo aspectos urbanos de distintas índoles, ya sean estructurales, demográficos, naturales y/o artificiales, la mayor parte de estos elementos provienen y se originan por necesidad del ser humano, sujeto que a través del tiempo a mediado su existencia en cómo logra adaptarse al entorno natural, de qué manera lo lleva a cabo y cómo se acondiciona en este. El desarrollo de los medios de transportes, por ejemplo, se lleva a cabo por la necesidad de cargar con objetos el propio vehículo y llevarlos de un lugar a otro, o para dirigirse a distintos sectores, así mismo, la facilidad y comodidad que entregan los distintos transportes para realizar distintas actividades.

Después de 15 años viviendo en la misma ciudad, mi familia tomó la decisión de mudarse, otra vez, al sector rural de esta misma, llamado Los Niches, localidad ubicada aproximadamente a unos 15 kilómetros del centro de la ciudad. Tanto la familia de mi madre como de mi padre ya vivían en este lugar, por lo tanto, como familia teníamos conocimiento de este y no fue un cambio tan repentino, así mismo no estaba tan alejado de donde ya vivíamos. Otro punto de conexión que ya existía con el sector, es que mi papá, desde incluso antes de mudarnos hacia acá, trabajaba en la locomoción colectiva que funcionaba desde y hacia Curicó, en donde yo, desde temprana edad lo acompañaba, y es esto que en algún punto ayudo a conocer dónde viviría y más tarde tener una adaptación genuinamente fácil. Este hecho también provocó en mi cierta confianza a la hora de enfrentarme a las direcciones del lugar, su distribución espacial y que partes lo componen, los cuales son en gran medida diferentes a los de la ciudad, reflejándose aquí entonces, una distinción entre lo urbano y lo rural.

La percepción social que se tiene sobre lo rural, comúnmente yace en ser un antes de aquello que se denomina ciudad, marcada y diferenciada por la poca densidad demográfica en comparación a esta, la actividad agrícola que aquí particularmente es frecuente y establecida, y también, el ritmo de vida que se lleva junto a la cultura no urbana. Un rasgo también relevante es cómo se distribuyen los elementos al habitar un lugar, en la ciudad se encuentran poblaciones de casas distribuidas de manera que funcionan en paralelo al centro, donde se ubican las principales edificaciones de la ciudad, con el fin de que, aquí, las personas logran realizar diferentes actividades, por ejemplo los bancos, edificios comerciales, supermercados, colegios y/o universidades, hospitales y clínicas, etc., todas con el objetivo de prestar lo necesario al ser humano siendo centrados en un mismo lugar. En la ciudad es donde prevalece la economía del propio lugar y sus alrededores, el consumo de sus habitantes mantiene en un círculo lo que significa producción y venta de los productos, desde una botella de agua hasta un departamento, un inmueble urbano. Gracias a esto y la organización social ya mencionada de los componentes de la ciudad, se asignan, incluso inconscientemente, roles sociales a los habitantes, quienes cumplen tareas tanto básicas como aquellas más primordiales, como lo son los cargos públicos, todo esto con el fin de llevar a cabo un orden socio cultural que ayuda a mantener el funcionamiento de la ciudad y su regularización, el ser humano, autónomamente, se es autosuficiente.

En comparación al sector urbano, el rural presenta casi las mismas características pero de una manera más natural, lo que genera una notoria distinción entre ambos. Desde que uno toma la carretera para dejar la ciudad y adentrarse al espacio rural, o nombrado campo en ocasiones, se comienza a notar como, incluso, los hogares se distribuyen en un sentido totalmente distinto, mayoritariamente las casas se disponen a orillas de la principal carretera, si no, en villas, que se caracterizan por tener ciertas organizaciones propias, negocios para abastecimiento, sectores de recreación para sus habitantes, entre otras entidades.

En específico el sector de Los Niches se ubica, geográficamente, hacia el este respecto a Curicó, donde se encuentra parte de la Cordillera de los Andes, localizado a una distancia muy próxima de esta. Al estar alejada de la ciudad y en un contexto natural, cercano a cerros, ríos, planicies verdes, la actividad primordial, aprovechando los recursos naturales, es la agricultura, la cual es el principal motor económico de lo que vendría siendo el campo, que a su vez, genera los productos a partir de las materias primas para aquellos sectores de venta, y que no producen, que se dan en la ciudad.

Considerando las grandes diferencias ya señaladas, las dos principales y más visibles corresponden al paisaje y al ritmo de vida de quienes habitan. La ciudad se ve, más claramente en sectores de mayor concurrencia como el centro, rodeada de edificios, construcciones, grandes vías, disposición de diferentes transportes de carácter público, concentraciones de objetos que se dan, desarrolladamente, en la ciudad. Así mismo, la actividad cotidiana se ve afectada por estos mismos agentes, las personas trabajan y se mueven en función de sus propias materias y enseres que generan un ciclo el cual se cierra en conservar el núcleo primordial de una ciudad, un orden y progreso orientado a la producción industrial y/o comercial.

Es en el lado urbano, donde el paisaje muta en cuanto a lo naturalista, si bien, artísticamente hablando el paisaje proviene de una invención humana y sus representaciones se acercan a la idea de mostrar, respecto al punto de vista de quien realiza el ejercicio pictórico, este espacio natural que se admira según distintas perspectivas y se construye a partir de esta misma visión sobre lo natural. Pero, la idea del paisaje se ha transformado y evolucionado al mismo tiempo que el ser humano y su entorno, en paralelo al progreso de la ciudad, donde lo abarcado antes en la ciudad toma un rol protagónico en el día a día de las personas.

Caminar nos introduce en las sensaciones del mundo, del cual nos proporciona una experiencia plena sin que perdamos por un instante la iniciativa. Y no se centra únicamente en la mirada, a diferencia de los viajes en tren o en coche, que potencian la pasividad del cuerpo y el alejamiento del mundo. Se camina porque sí, por el placer de degustar el tiempo, de dar un rodeo existencial para reencontrarse mejor al final del camino, de descubrir lugares y rostros desconocidos, de extender corporalmente el conocimiento de un mundo inagotable de sentidos y sensorialidades, o simplemente porque el camino está allí. (Le Breton, 2022, p. 26).

Al igual que Thoreau, David Le Breton, precisa en un caminar, pero un caminar que no se basa meramente en una experiencia en específico como lo realiza el primer autor, si no en lo que te lleva más allá, sensorialmente, la experiencia de caminar. La persona mediante los sentidos es capaz de percibir los estímulos, y son estos, los que son principalmente captados por el sentido de la visión, mediante los ojos, el ser humano comprende la información visual que entrega el alrededor, realizar esta acción implica tener un interés más allá del casual a la hora de ver, ser un observador contemplativo. En el momento que se es consciente de salir a aventurarse al mundo, nace en uno mismo una sensación sobre cómo te relacionas con las cosas y darte cuenta de cómo te afectan, ayudan a entender lo que ves y cómo lo ves.

La ciudad forja en el individuo un sentido de orientación que va de la mano con sus rutinas predilectas basadas en las actividades que realiza en el día a día, trabajar, estudiar, ir de compras, todas con un camino que se recorre en una rutina marcada. Son estos lugares de mayor concurrencia, para uno, los que provocan un interés en la mirada, y contradictoriamente un desinterés. Al ser tan repetitivos en el hábito del viaje, el sujeto está acostumbrado a vivir la experiencia visual, pero solo en una primera instancia y de manera superficial, donde se ignoran los componentes de índole urbana característico de cada calle, por ejemplo. Estar sujeto a una situación repetitiva genera en sí un desinterés propio, se transforma en

una experiencia aburrida y monótona, esto acompañada de no prestar atención al entorno, y enfocarse en objetos o situaciones de un carácter más banal, como escuchar música, dormir o utilizar el celular.

Incluso en los lugares conocidos, existe información que pasa desapercibida, el sentido de la vista radica en lo que entra por los ojos, imágenes que resguarda la mente en ciertas circunstancias, es ahí, donde realmente observamos y generamos un razonamiento de lo visto, un estudio que reconoce cada elemento de la escena, partes que configuran un paisaje en composiciones dinámicas y relativamente únicas, aquí se produce el foco de interés a la hora de querer demostrarlo, para dar cuenta de aquello ignorado y provocar una muestra representativa de lo poco común, opuesto a lo que es en su esencia, fugaz y momentáneo.

Otro gran hito que marca en mi un sentido de percepción sobre la ciudad es, por motivos de estudios, específicamente universitarios, el cambio de residencia, desde Curicó a Santiago. Si bien tenía una percepción de esta última, gracias a pequeños viajes ocasionales en momentos específicos con mi familia, de los cuales recuerdo ciertos momentos como tomar el metro por primera vez, o una micro oruga, caminar por la alameda o simplemente ver a través de la ventana del auto los grandes edificios, situaciones que percibía en cierto modo artificialmente, me costaban poco parte de mi tiempo, pero desde siempre me llamaban la atención. El estilo de vida y cómo circulaban las personas respecto a una ciudad a otra eran muy distintos, la diferencia era bastante notable incluso en aquellos sectores donde no se disponían edificaciones de uso general, así mismo, el tema de la vivienda de alguna manera me impactó, los edificios son poco comunes en Curicó, y los que existen tienen funciones específicas, como municipales, atenciones de salud, oficinas y como tal, no así, en Santiago donde son las principales viviendas de los habitantes, que se encuentran en la mayor parte del territorio y cada día se van construyendo más.

La demografía también es relevante a la hora de realizar la comparación entre una ciudad a la otra, si bien se da a que Santiago es más grande geográficamente hablando, no deja de causar en mí cierta impresión por cuantas personas se logran ver en el día, incluso en el ejercicio de ir a comprar a un negocio. Junto a esto, los distintos medios de transporte se ajustan a esto mismo, a la cantidad personas, donde las micros están en gran cantidad y con más capacidad, realizando trayectos de gran extensión para cubrir varias comunas en un solo tramo, en comparación; en Curicó las micros no solo son más pequeñas si no que, al funcionar en una ciudad no tan masiva y dinámica, cubren distancias más acotadas tanto en grandes avenidas como en calles de poca densidad.

En este mismo ámbito, el colectivo, se transforma en un medio por el cual se llegan a sectores no tan generalizados como los que toma la micro, esto al ser un vehículo más pequeño que genera un vínculo más privado de quien lo toma. Algo que sí me resultó totalmente nuevo es el metro, hacia el sur si funcionan los trenes pero no dentro de la ciudad, sino más bien para conectarlas entre ellas, en cambio al ver cómo funcionaban y de manera subterránea, se presentaba como una nueva experiencia. Estos nuevos medios para mí, también venían acompañados con el sistema de pago que no se da en Curicó, una tarjeta, la cual funciona para ambos como tal con distintos precios dependiendo la hora, mientras que en mi ciudad natal, el pago es mediante el efectivo y sin importar el horario es lo mismo.

Cada uno de estos factores de cambio, se presentaban diariamente desde que comencé a vivir en Santiago, a los cuales fui acostumbrando, sin considerar el hecho de que también viajaba cada cierto tiempo hacia Curicó, lo que implicaba tomar un bus de aproximadamente 2:30 hrs., es en los medios de transporte donde encontré mi caminar, donde mediante la experiencia del viaje entre distintos puntos era capaz de percibir los estímulos exteriores, de observar a las personas y su cotidiano desde el mío.

Ser consciente de qué manera me muevo y por cuál medio lo hago, despertó el interés de apreciar mis propias vivencias mediante los viajes y contemplar de una manera más allá de la básica aquello que me rodea, sin tener necesariamente un fin o una noción específica de lo que me esperaba.

Quien ve sin escuchar está mucho más... intranquilo que aquel que escucha sin ver. Aquí hay algo característico para la sociología de la gran ciudad. Las relaciones mutuas de las personas en las grandes ciudades... se distinguen por una patente preponderancia de la actividad del ojo por sobre la del oído. La principal razón es el transporte público. Hasta antes de que en el siglo XIX se desarrollaran los ómnibus, los ferrocarriles, los tranvías, la gente nunca había estado en posición de tener que mirarse por varios minutos o hasta horas, sin dirigirse la palabra. (Simmel, 1912, como se citó en Benjamin, 2012)

Walter Benjamin retoma a Baudelaire para precisar en qué es, o quién es el *flâneur* según la perspectiva del autor de mediados del siglo XIX, figura que es recurrente en sus libros de poemas, y es que en el contexto político social que se vivía en el París de aquel entonces, nace este aspecto actitudinal, dado por la manera en como se disponía frente a la ciudad y cómo se enfrentaba el sujeto a su espacio, tomando su propia postura, acto deliberado que no se mide por la regla rutinaria, si no en la libertad de acción a la hora de dirigirse a un lugar, o incluso, no, ya que radica en la intención de conocer sin haber conocido, y aventurarse mediante los caminos, que incluso son desconocidos, para tener una consciencia de lo desconocido o poco recurrente, la inspiración propia del mismo momento son el motor tanto de partida como de desarrollo, en la ciudad misma el *flâneur* a modo de paseante o deambulante encuentra su hogar, generando un grado de adaptación frente a lo nuevo pero que llamaba la atención silenciosamente, un aprecio indolente que no sigue pistas para llegar a un punto, si no que se deja llevar por lo instintivo y por la curiosidad de saber que es lo nuevo.

Este sujeto subsiste en las calles en un tiempo ausente, cada una de ellas presenta una nueva oportunidad y su voluntad siempre está despierta, con cada paso en la marcha crece la tentación de dar el siguiente, acompañado también de investigar y abarcar espacios desconocidos, la experiencia se basa en el espacio común que no contiene umbrales, o sea, un hogar con diferentes habitaciones y sin separaciones una de las otras, una ciudad abierta al descubrimiento de ella misma.

El *flâneur* en la masa, en la multitud, logra desarrollar su contemplación, siendo un ser de carácter fantasmagórico ya que se aleja de las relaciones, aquellas específicamente que le involucran un trato directo con los demás, haya su comodidad en la lejanía dentro de un mismo espacio.

Hoy en día, basándose en la concepción primaria del *flâneur*, enfocada en dirigirse a la deriva por las calles, en el contexto socio cultural de una ciudad donde se ve como viajero y no como habitante de la misma, se conecta directamente con el principio del caminar, este siendo su propio sustento, aquella acción clave y certera que impulsa al sujeto en una primera instancia a involucrarse de manera imprevista en el espacio, guiándose por la inspiración momentánea y acompañada de aquella atmósfera particular del lugar dada por los agentes objetuales y/o naturales. Bajo esta directa relación que se da entre ambos conceptos, cuestionarse sobre cómo podría habitar el día de hoy, en el siglo XXI, un *flâneur*, resulta interesante debido a diferentes factores que se dan gracias a la evolución del ser humano y junto a esta, el mismo avance de las tecnologías que han tenido un viaje adaptativo en cuanto a las necesidades del mismo humano trata.

Al tomar la actitud como un *flâneur* en mi contexto urbano en el siglo XXI, me enfrente a nuevos escenarios que vienen acompañados de situaciones de características desconocidas, si bien he vivido lo suficiente para conocer y abarcar

personalmente distintos aspectos ya sean naturales o artificiales de mi entorno, aventurarme a lo desconocido y deambular sin una dirección en concreto hace que, casi, no tengo opción de enfrentarme ante ellos, y es mediante los sentidos como logro captarlos. En un principio esta la audición y es característico en el ámbito en urbano, en comparación al rural, como el sonido se transforma en un ruido, que surge a partir de entidades que existen en mayor cantidad, como lo son las personas y los vehículos, manifestaciones que no están bajo mi control y tengo que, en cierto punto, adaptarme, muchas veces resultan en interferencia entre yo y lo que veo, pero si ayudan a comprender un contexto.

Por otro lado, la percepción visual me es relevante a la hora de recibir estímulos externos, mediante la vista logro apropiarme de aquello que veo solo en un ámbito mental. Es la vista, la que me provoca el grado máximo de orientación guiado por aquello que llama la atención ya sea por forma, color, composición, extrañeza, calidad, entre otros, características que personalmente me conmueven y hacen que gire mi mirada hacia tal lugar o en dirección hacia tal escena, que, en el aspecto urbano se da mucho, un concentrado de personas, las cuales en la ciudad, abundan. Así mismo, el sentir involucra toda aquella experiencia temporal de cada zona que afectan directamente a la percepción ambiental, y también, considerar el aspirar como fuente también primitiva de la percepción, respirar nos lleva a darnos cuenta de cómo se presenta la ciudad bajo los olores.

Cada uno de estos componentes me lleva a cuestionarme cómo luce tal lugar, como se me presenta el recorrido, siendo también puntos considerables a la hora de saber que estoy haciendo y cómo lo hago, y es en la ciudad de Santiago específicamente, donde mis sentidos se activan de una manera más acertada y a su vez más juiciosas. Trabajar el caminar en la ciudad no lo relaciono a la acción misma, siendo el caminar algo más allá que esto, el adaptarse a los cambios ha configurado en mi actuar como lo considero y lo cuestiono, adaptándome a las

diferentes experiencias que vivo en mi día a día y observo en los demás lo mismo. Las rutinas están mediadas por la repetición de estas mismas y en el ámbito urbano es mas notorio, donde los grupos de personas están en constante movimiento con elementos que caracterizan sus responsabilidades.

Es en la rutina de quienes observo donde resguardo mi trabajo pictórico, observar y emprender aventuras que me llevan a conocer a los demás y a mi entorno de manera visual, impulsó en mí la necesidad de representar estas escenas que, y desde una perspectiva propia en el pasado como ejemplo, no somos conscientes de que están ahí y que de la cual, incluso, somos parte. Y es que es en la reiteración de actividades donde, como seres humanos, olvidamos la relevancia que tienen sobre nosotros mismos y el fin que tienen como tal. Las rutinas en sí, ya sean de distintas índoles como familiares y laborales, por nombrar algunas, generan un sentido de orden y dirección que provocan tener una vida más organizada respecto a los quehaceres, desde pequeños en el colegio se llevan a cabo, como por ejemplo, definiendo horarios de estudio, descanso y comida, así mismo en la universidad y por consiguiente en el trabajo, dándonos a entender que están presentes desde una muy temprana edad en nuestras vidas.

Llevar estas representaciones a la pintura siempre estuvieron consideradas y llevadas de la mano con la identidad propia del material, lo cuales responden a cómo los momentos de una rutina, o aquellos que en la propia rutina pasan desapercibidos, poco perduran en el tiempo y no son tomados en cuenta en una primera instancia. Buscar soportes que entregarán, conceptualmente, la idea momentánea y fugaz en la que se transforma una situación, demostrando el mismo aspecto en el término de “una pintura no acabada”, recurrente en mi trabajo para precisar la misma idea sobre no ser responsable con la mirada.

Al dejar espacios sin pintar, con el soporte en algunos sectores en desnudo, provocan en el imaginario el ejercicio de querer formar la imagen representada para llegar, no sólo a entenderla, si no a comprenderla, con el fin de que ese momento

se transforme tan relevante como cualquier otro que pudo ocurrir en determinado momento y provocar una imagen mental para el recuerdo.

Así mismo, es común que su montaje represente el punto de vista del cual yo tenía sobre cierta escena y, en ocasiones también a formatos de imagen del celular, el cual es el medio por el cual resguardo las imágenes para luego ser transferidas pictóricamente en los soportes, este ejercicio me ayuda a tener una cantidad de referencias que me permiten escoger y desechar, valiéndome de una cantidad significativa de fotografías, para luego tomar en cuentas aquellas que personalmente me parecen atractivas o por elementos propios de la imagen como el color, la composición, distribución de los elementos, etc..

Considerar la rutina como parte esencial del día a día resulta difícil, y es que en el cotidiano son varios sucesos que ocurren incluso en paralelo a otros más primordiales en nuestras vidas, considerándolos más relevantes según la importancia de estos y su permanencia en la mente dejando de lado aquellos que pasan desapercibidos o que simplemente actúan en menor grado.

El hecho de recorrer, de aventurarse, incluso en lo ya conocido, provoca un grado de conocimiento del espacio, un espacio que muchas veces se ve saturado de distintos elementos como naturales y/o artificiales, los cuales ayudan a resguardar de cierta medida este momento y no desecharlo. Ir, hacia un lugar, requiere, más allá del interés o el desinterés, una acción básica del ser humano, caminar, en esta acción radica la voluntad de conocer fuera de lo que ya se conoce en cierto rango, y formar un grado apreciación de lo demás, lo que rodea e ignoramos.

Al considerar el *flâneur* y al “caminar”, como conceptos, se logra formular un agente, que, mediante los sentidos y su percepción sobre el entorno, se cuestiona lo que ve y cómo lo ve mediante la vista, el oído, el olfato y el sentir, sentidos que toman los estímulos externos, los cuales se presentan en dos zonas, marcadas por

elementos que las diferencian la una de la otra, la urbana y la rural, en donde la primera se ve marcada y potenciada por el desarrollo demográfico respecto a las necesidades del ser humano, mientras que la otra está marcada por aspectos naturales, con indicios o elementos más primitivos. Es en el paisaje urbano donde encontramos los principales focos de atención que generan en el ser humano un despertar en el interés sobre lo que observa.

Es mediante esta conjugación como el ser humano entiende el ámbito terrenal en el cual se inscribe, y aquí radica la comprensión y relevancia de los momentos no necesariamente importantes como tal o que hacen recordarlo por su propia naturaleza. Al ser fugaces, el sujeto no logra tomar un criterio estructurado de lo que ve, pero gracias al desarrollo y funcionamiento de la tecnología, resguardarse en la fotografía es la manera en que se toman los elementos de la escena y se logra comprender más allá de lo que se ve en un primer plano, características que pasan desapercibidas y que cumplen un rol de significación.

BIBLIOGRAFÍA

Baudelaire, C. (1977). *Las Flores del Mal*. E.M.S Danero.
https://www.iesdonbosco.com/data/lengua/las_flores_del_mal_baudelaire.pdf

Benjamin, W. (2005). *Libro De Los Pasajes*. Akal.
<https://workupload.com/file/PsFEsaJGEtH>

Benjamin, W. (2012). *El París de Baudelaire* (1.^a ed.). Eterna Cadencia Editora.
<https://seminariosocioantropologia.files.wordpress.com/2014/03/benjamin-walter-el-paris-de-baudelaire.pdf>

Breton, D. L. & Castignani, H. (2022). (9.^a ed.). *Elogio del caminar*. Siruela.

Freud, S. (2018). *Psicología de las masas y el análisis del yo*. Dermófilo.
<https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEwiiibqzje77AhVYqpUCHVYoD5MQFnoECEkQAQ&url=https%3A%2F%2Fomegalfa.es%2Fdownloadfile.php%3Ffile%3Dlibros%2Fpsicologia-de-las-masas-y-analisis-del-yo.pdf&usq=AOvVaw1jnZJCbtaHLYCG4c8g3dtJ>

Thoreau, H. (2021). *Caminar y una vida sin principios*. (1.^a ed.). Libro Al Viento.
https://idartesencasa.gov.co/sites/default/files//libros_pdf/LAV%20158%20caminar%20y%20una%20vida%20sin%20principios.pdf